

PQ 2450

T2

M 68



ACERVO DE LITERATURA

116283

## MONTARAZ

---

I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA  
"ALFONSO"  
CALLE 122a MONTARAZ, MEXICO

Las campanas de la pequeña iglesia parroquial de Auberive dejaban oír el último toque de vísperas. Los dos mastines del tendero Sausseret, impresionados, sin duda, desagradablemente por las agudas vibraciones que descendían de la torre, se habían lanzado fuera del establecimiento de su dueño, y, venteando, con las orejas gachas, acompañaban el campaneó con un prolongado y quejumbroso gañido. Dos ó tres devotas friolentas, arrebuñadas en abrigos con capuchón y devocionario en mano, se encaminaban presurosas



hacia el templo, cuya puntiaguda torre gallardeaba sobre los árboles del barrio de Cordelerías; las negras siluetas femeninas se destacaban sobre el blanquecino arrecife de la pendiente calle. El nuevo guarda-general, Francisco Pommeret, salió de la posada de *El león de oro* en que se hospedaba, y siguió la vía que atraviesa la villa de un extremo á otro. El guarda-general iba de uniforme: guerrera verde entallada, pantalón gris á lo húsar, kèpis con galón de plata y guantes de gamuza. Recién llegado á la localidad, escogió este domingo de Febrero para hacer las visitas de etiqueta.

Marchaba lentamente entre las casas, bajas de techo, que flanquean la calle; de vez en cuando, la punta de un visillo se levantaba tras los cristales de una ventana y unos ojos curiosos examinaban al nuevo funcionario. En realidad, el joven valía la molestia de que lo contemplasen. Alto, bien proporcionado, esbelto, ancho de pecho, con barba rubia cortada en forma de abanico, gesto amable y mirada afectuosa, parecía muy satisfecho de su buena presencia y de sus veinte y cuatro años recién cumplidos. Nacido de una familia burguesa medianamente acomodada, pero cargadísima de hijos, trabajó de firme en el colegio, logró ocu-

par puesto honroso en la Escuela forestal, y, después de dos años de práctica en una villa del Este, la Administración acababa de nombrarlo guarda-general de Auberive.

Para un forestal enamorado de su carrera, este pueblecillo de quinientas almas, perdido en lo más intrincado de las montañas langresinas, hubiera sido una residencia deliciosa: tres leguas de bosque á la redonda lo ceñían con un cinturón de silencio y de tranquilidad, y el espeso ramaje montuno casi daba sombra á los jardines y á los huertos del caserío. Pero Francisco Pommeret no sentía entusiasmo por su carrera; había ingresado en la Administración forestal, no por gusto, sino porque era necesario elegir una profesión, toda vez que la exigüidad del patrimonio paterno no le permitía vivir ociosamente. En su elección influyeron la perspectiva de dos años de Escuela en Nancy y la idea de lucir un uniforme vistoso. Francisco era ante todo un mundano, un enamorado de la vida elegante y bulliciosa de las grandes urbes. Al darle el abrazo de despedida, su madre le entregó, para gastos particulares, un centenar de escudos, ahorrados céntimo á céntimo, y le dijo: — « Ahora, hijo mío, tú verás cómo te las arreglas; un joven guapo y bien educado puede



lograr todo lo que se proponga si procede con método y habilidad. Sé económico, procura crear-te buenas relaciones y date maña para descubrir y conquistar una rica heredera ... » — Avanzando por la calle, mientras se abotonaba los guantes, Francisco Pommeret recordaba los últimos consejos maternos y una mueca le contraía los labios y le hacía mover la barba cuidadosamente peinada. — En el fondo de esta madriguera de lobos — pensaba — las buenas relaciones deben ser tan raras como el trébol de cuatro hojas, y, respecto á ricas herederas, es dudosísimo que logre hallar ni una entre los matorrales de los bosques.

Así monologando en su fuero interno, llegó ante la casa del Recaudador de contribuciones. Era la primer visita que iba á hacer. Tiró enérgicamente del cordón de la campanilla, aguardó con paciencia unos cuantos segundos, y, viendo que nadie acudía al campanillazo, empujó la entornada puerta y se halló en un corral lleno de gallinas. Gritos infantiles salieron de un ala del edificio, algo ruinoso, y se mezclaron al cloqueo de las espantadas aves. Por fin, se abrió una puertecilla y asomó una mujer con falda de percal, chambra, y el cabello alborotado bajo una cofia de noche, colocada de cualquier modo. Francisco Pommeret,

desde lejos, la llamó y le preguntó desenfadadamente si el señor Petitot estaba en casa. Al recibir la respuesta confusa, pero negativa, de aquella mujer, Francisco sacó una tarjeta de la cartera y se la entregó con cierta negligencia, encargándole que no olvidase manifestar lo mucho que sentía no ver á « su amo ». Por la expresión de la mirada, por una contracción del rostro, por el rubor que subió á las mejillas de la señora, el guarda-general comprendió de repente que acababa de tratar como á una criada á la esposa del Recaudador. Convencido de la torpeza en que incurrió, saludó torpemente y se fué. — ¡ Buen principio ! — murmuró — ¡ Ya me he buscado una enemistad !

En las casas del juez, del notario y del médico, se encontró con caras de palo; el primero se había ido á cazar gallinetas en las lagunas de Rouelles; los otros se hallaban ausentes, cumpliendo deberes profesionales.

Llegó el momento de visitar al párroco; las vísperas habían concluido y el guarda-general consideró oportuno presentarse en el presbiterio: casona vetusta y cómoda, edificada discretamente entre el corral y el jardín, que lucía en la entrada dos filas de laureolas plantadas en cajones de madera pintados de verde.



Cuando Francisco se dió á conocer, la hermana del señor Rector, solterona rancia y escuálida, de rostro austero y circunspecto, lo introdujo en el salón, exornado con cuadros religiosos y con estantes cargados de libros. El Padre Cartier, enjuto como una caña, estaba sentado junto á la ventana, de espaldas á la luz. Abandonó el sillón de paja que ocupaba, y se adelantó para recibir al visitante. Francisco vió un cuerpo muy alto y muy delgado, una frente amarilla, dos órbitas profundísimas en las que los ojos negros y escrutadores brillaban como rayos de luz en una claraboya, una nariz recta y afilada, y unos labios finos, contraídos, sardónicos, que se movieron para dirigirle el saludo de bienvenida.

— ¡Al fin! — pensó, tomando asiento. — Por lo menos ésta es una persona inteligente.

— ¿Lleva usted poco tiempo en nuestro pueblo, señor guarda-general? — exclamó el sacerdote, arreglándose sobre las rodillas los pliegues de la sotana. — Lo digo porque aun no he tenido el gusto de verle en la iglesia.

Francisco contestó que había llegado hacía ocho días. El presbítero movió la cabeza con tristeza, en la que el joven creyó ver una censura indirecta. El señor Rector pensaba indudable-

mente que, la falta de asistencia de su nuevo feligrés á la misa mayor del domingo, era signo evidéntísimo de indiferencia religiosa.

— Viene usted á suceder — observó el Párroco, suspirando — á un hombre muy digno y muy estimado por todos; á un hombre celoso cumplidor de sus deberes y modelo de buenos feligreses.

Pausa. Segundo suspiro, como diciendo: — Mucho me temo que, en este punto, el sucesor no esté á la altura del predecesor. — Francisco, para cambiar la conversación, habló de las riquezas forestales de la localidad.

— Nuestro pueblo — replicó lacónicamente el sacerdote — no ofrece muchas distracciones para los extraños.

— Sin embargo — insinuó el guarda-general — hay elementos para constituir sociedad.

— Aquí, cada cual se dedica por entero á sus ocupaciones y no tiene tiempo para visiteos... Antaño, los funcionarios oficiales encontraban hospitalidad afectuosa en la Mancienne, en casa del fundidor y forjador de hierro; pero, desde el fallecimiento del señor Lebretón, su viuda no ha vuelto á recibir... como era natural.

— ¿Es luto reciente?